

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department
of

2010

¿Sólo una vida traducida? Dislocación, diáspora y pervivencia cultural en la experiencia Mexicana en Estados Unidos

M. Isabel Velázquez

University of Nebraska-Lincoln, mvelazquez2@unl.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Modern Languages Commons](#)

Velázquez, M. Isabel, "¿Sólo una vida traducida? Dislocación, diáspora y pervivencia cultural en la experiencia Mexicana en Estados Unidos" (2010). *Spanish Language and Literature*. 71.

<https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish/71>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

XIV.



¿Sólo una vida traducida? Dislocación, diáspora y pervivencia cultural en la experiencia Mexicana en Estados Unidos

Isabel Velázquez

El presente es un ensayo personal que explora la intersección entre lengua, memoria, espacio e identidad en la experiencia de los mexicanos en Estados Unidos

Vine a Estados Unidos porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Miguel Hidalgo. En eso pienso mientras observo a la mujer que se acerca al mostrador de inmigración cargando una imagen de la Virgen de Guadalupe. Es enero del año 2006 y deben ser como las cinco o las seis de la mañana, en una de las muchas salas de llegada del aeropuerto O'Hare de Chicago. Somos –la Virgen, la mujer que la carga y todos los que hacemos cola detrás de ellas–, el cargamento adormilado de un vuelo que salió de Morelia a las dos de la mañana y nos depositó en este pedazo de pradera desde el que iremos desperdigándonos. A Pilsen, Cicero y Romeoville, los que van más cerca. A Joliet, Champaign y Arcola, los que seguimos por tierra. A Desmoines y Omaha, los que transbordan. La fila avanza. No sé cuál de las dos reacciones me hace más gracia: La cara del oficial de migración que tiene unos 25 años y hasta hoy nunca había tenido que preguntarse si las deidades necesitan pasaporte. La cara de aquí no pasa nada de la mujer que intenta pasar desapercibida con una imagen de metro y medio amarrada a la espalda –la expresión *imagen de bulto* nunca fue más apropiada–.

Tal es el secreto para sobrevivir el exilio: Aquí. No. Pasa. Nada. Cuando le tiraron a la basura su *tupper* con carne de puerco y verdolagas al chavo de las botas vaqueras que avanza a mi derecha, y todos sabíamos que su mujer se había pasado toda la noche cocinando: Aquí no pasa nada. Y hace cuatro horas, cuando vimos quebrarse a un hombre adulto, curtido por el trabajo, porque la mamá le

echo una bendición que deberá durarle todo el año: Aquí no pasa nada. Cuando veo a mis alumnos –este invierno dejaron su país por primera vez y de mi mano para conocer *the real Mexico*–, y comparo sus maletas con las cajas de jabón Zote y aceite Girasol con las que mis compatriotas trasiegan entre una vida y otra: No pasa nada. Es un sueño, un rato, un suspiro nomás. Voy y vengo. Me dejas la luz prendida, porque no me tardo. Y así es como resulta que la Virgen pasa migración y sale legalmente al frío de Chicago. Antes de cruzar al estacionamiento, veo a la distancia que una señora y su hija se detienen ante ella y se persignan. Recuerdo, recuerdo, recuerdo, ¿dónde lo leí? eso que escribió Rachel Reynolds sobre el poder de la oración entre los inmigrantes nigerianos en esta misma ciudad.¹

Porque a menudo los inmigrantes se sienten descorazonados debido al desplazamiento de espacio tiempo que acarrea la migración, estas plegarias derivan su poder afectivo de la forma poética en la que segmentan o reservan una parte del espacio y el tiempo, en un acto que alivia la dolorosa paradoja del inmigrante, que trabaja y vive por una patria de la que ha estado alejado durante tanto tiempo (181).

Creo que esto es lo que he querido decir desde hace mucho y ahora lo hago: Pararse un jueves en medio del metro Pantitlán y decir viva México no es gracia, sino declaración de lo evidente. Es más gracia decir viva México afuera de una procesadora de carne en Lexington Nebraska, a menos veinte grados, esperando entrar al primer turno en el que habrá que limpiar y cortar carne durante ocho, nueve, diez horas, para que los hijos que se quedaron en Michoacán o en Guanajuato no tengan que dejar la secundaria. Lavar ventanas, servir mesas, pizcar lechuga, criar a los hijos de otros, construir casas en las que nunca viviremos, y sí, también, y toda proporción guardada, ganarse la vida explicando un país y enseñando una lengua que son siempre el otro, siempre el extraño. Y también quiero decir: No nos llamen paisanos, sino compatriotas. Ni nos digan ya puedes pasar, qué bueno que regresaste. ¿Cómo *regresaste*, si no nos hemos ido? ¿Cómo volver, si no ha salido nunca de nosotros ese pedazo de territorio indómito que acarreamos en el corazón? Esta merced reclamo al menos: que nos sea dada la libertad de ejercer este acto de fe que le da sentido a los pequeños y grandes sacrificios de la cotidianidad perdida, a tantísimas nostalgias irreparables. Estamos acá porque es la única manera que encontramos de seguir estando allá. Somos 12.7 millones de mexicanos (Pew Hispanic Center, 2009a) viviendo en el estado 32, que no es el Distrito Federal, sino el estado de negación. Con la vida en dos países y el cuerpo en uno. Somos, como bien describió Stuart Hall (1997), el producto de las nuevas diásporas post-coloniales. Forzados a habitar dos identidades, a hablar dos idiomas culturales y a traducir y negociar entre ambos (629). Somos, pues, un pueblo *traducido*:

Porque existe otra posibilidad: la de la ‘traducción’. Esto describe aquellas identidades que atraviezan e intersectan las fronteras naturales, y que se componen de gente que se ha visto *dispersa* para siempre de su tierra. Tal gente retiene fuertes nexos con su lugar de origen y sus tradiciones, pero no conserva la ilusión de un regreso al pasado. Se ven obligados a aceptar las nuevas culturas que habitan, sin asimilarse del todo ni perder sus identidades completamente. Llevan a cuestas los rastros de las culturas,

¹ Esta y las siguientes citas son mi traducción.

tradiciones, lenguas, e historias que los formaron. La diferencia es que no están y no estarán nunca *unidos* en el sentido antiguo, porque son irrevocablemente el producto de varias historias y culturas entrelazadas, porque pertenecen al mismo tiempo a varios 'hogares' (y a ninguno en particular). La gente que pertenece a estas culturas de la *hibridez* ha tenido que renunciar al sueño o ambición de redescubrir cualquier tipo de pureza cultural 'perdida', o de absolutismo étnico. Están, irrevocablemente, *traducidos*." (629).

Los mexicanos que nacimos en México y vivimos en Estados Unidos somos el 11% de todos los mexicanos (Pew Hispanic Center, 2009a), y somos, juntos con nuestros hijos, nuestros hermanos y nuestros primos mexicanoamericanos, dos terceras partes de los 45.5 millones de latinos en Estados Unidos (Wallace y Castañeda, 2008). La mitad de nosotros no tiene papeles. El sesenta por ciento de nosotros habla inglés. En promedio, somos más jóvenes, ganamos menos y vamos menos años a la escuela que nuestros vecinos latinos y no latinos. Y por si hubiera duda de que nuestros destinos están ligados a las crisis económicas de México, el 63% de todos nosotros llegamos después de 1990 (Pew Hispanic Center 2009b). En el año 2008 éramos el 32% de todos los extranjeros que vivían en Estados Unidos, una concentración igualada sólo por los irlandeses y los alemanes en el siglo XIX (Pew Hispanic Center, 2009a). Nuestra historia es, pésele a quien le pese, parte de la narrativa histórica tanto de México como de los Estados Unidos.

Cuando hablamos inglés decimos *orjinal* y *eskúil*, y cuando hablamos español decimos *lonchar* y *aseguranza*. Hablamos español mexicano estándar, español mexicano regional, español de Estados Unidos y todas las variedades de inglés con las que hayamos estado en contacto. Para horror de los puristas de ambas esquinas, también hablamos Spanglish. Español e inglés, inglés y español. Los dos al mismo tiempo. Juntos, pero no revueltos. Hablamos un código de identidad y de supervivencia étnica. Aunque muchos en Estados Unidos lo hayan olvidado, no somos los primeros:

Entre 1870 y 1910, Chicago se convirtió en la segunda ciudad sueca del mundo. Muchos barrios eran dominados por suecos, y el sueco era la lengua de la calle y del comercio en grandes áreas de 'Swedetown', alrededor de Chicago y Wells, hacia el sur en Englewood, más al norte en Lakeview, Albany Park, y en Andersonville, cerca de la Clark y la Foster (...) la lengua de estas calles norteamericanas no era el sueco puro de la Real Academia, ni los dialectos provinciales de los pueblos de dónde venían los inmigrantes. Era un habla mixta, una mezcla de dialectos regionales, sueco 'correcto' e inglés americano, que llegó a ser conocida como sueco americano [...] *Swinglish*" (Isaacson, 2004: 223,226)

¿Sólo una vida traducida? ¿La misma vida pero en inglés? No sólo se trata de las palabras que uno sabe, sino de la cultura en las que las ha aprendido (Isaacson, 2004: 233). Viajar entre lenguas y entre variedades de la misma lengua en nuestra vida cotidiana es ejercer una forma de conocimiento subversivo. Es una forma de poner de manifiesto las dislocaciones entre los espacios físicos, mentales y sociales en los que habitamos (Lefebvre, 1991:10). "La destrucción de una lengua es la destrucción de una identidad enraizada", escribe Joshua Fishman, "la destrucción de las lenguas es una abstracción que se refleja concretamente en la destrucción de los espacios íntimos, de la familia

y la comunidad” [...] “No es suficiente ‘ser como todos, pero en la lengua X’, porque si eso fuera suficiente, entonces la lengua X sería poco menos que una floritura culturalmente redundante” (Fishman, 1991:4). Hablamos, pues, español para vivir, e inglés para sobrevivir.

II.

Mekziken. Tengo conciencia de que vine a este café a medicarme con un *scone* de naranja y una taza de café. Nada como el azúcar y la cafeína para apaciguar el cerebro. Tengo conciencia de que pospuse en todo lo posible venir a sentarme junto a esta ventana por la que entra el sol y se siente el calorcito de la calefacción. Tengo conciencia de que hay muzak de fondo, y de que mi cerebro empieza a querer averiguar dónde aprendí a decir *muzak*, no porque le importe, sino para posponer una vez más el momento de empezar a escribir. Vine a escribir sobre ser mexicana en Estados Unidos y tengo que escuchar al hombre de la mesa de al lado bromear sobre los mexicanos en Nebraska. *Mira: Le está entregando un paquete. De esa gente hay que sospechar. ¿Drogas?* El hombre que se baja de la camioneta estacionada del otro lado del ventanal es filipino. El que recibe un paquete de salmón congelado es amigo del bromista y después de hacer la transacción regresa al restaurante y se sienta a su mesa. Seis minutos, siete. Ametralladora de chistes de mal gusto: Nancy Pelosi, Tanya Harding, Osama Bin Laden y los mexicanos. Tan natural que parece inocente. Para él es inocente. Y luego habla del autor que escribe novelas de aventuras que le gustan mucho, pero que terminan siempre en México. *You've got to be suspect about that guy, you know.* Y de que va a ir a Phoenix la semana entrante, y que podría aprovechar para irse a México, *make a run for the border...* y de un cartón que vió en el periódico el otro día: un grupo de banqueros y financieros de Wall Street están pidiendo trabajo en la calle como los jornaleros mexicanos y... el mexicano siempre es el otro. Repudio y fascinación al mismo tiempo. Frito Bandito que trafica cocaína, que no hace trabajos honrados, que se gana el pan con las trampas que le dicta su ingenio, y que al mismo tiempo es libre, puede salvarse de deudas, hipotecas, vecinos y decoraciones kitsch de Rodolfo el Reno de la Nariz Roja con sólo huir a la frontera. Esta mexicana lo mira y lo escucha. Soy invisible. Pago más impuestos que él. Contribuyo todos los meses al sistema de Medicare que subsidia sus medicinas y al que no tendré acceso nunca. El abrigo y el suéter que escogí para un día en que amanecemos a -12 grados grita el cliché *profesora de universidad.* ¿De la India? ¿De Pakistán? *Mekzikhob, those beaches, oh man, I was thinking more tropical, myself, and you know that in Mekzikhob...* Hoy olvidé mi sombrero, mis tijeras de podar y mis cananas. Le soy invisible. Son las diez de la mañana. Es el día del *Star City Parade* y se oye la banda de la Guardia Nacional que se acerca. La mitad del pueblo y su tía salen a la calle junto conmigo para ver desfilar a la otra mitad del pueblo entre la que irá mi hijo con sus compañeros de la escuela. Caminaré entre mis vecinos, conversaremos, nos reiremos, nos quejaremos del frío y nos divertiremos gritándoles a los que miran desde la comodidad de un segundo piso con calefacción: *To the cold! To the cold!* Va a empezar el desfile. El bromista y yo salimos a la calle. Empiezan a caer los primeros copos de la mañana.

III.

Trabajo de mujeres. ¿Qué significa ser mexicana en Estados Unidos? Yo tengo mis propias ideas, pero he aprendido en estos últimos años que no son las únicas. Martha tiene diez años menos que yo y tiene las manos deformadas por la artritis. Corta y empaca menudo en una procesadora de carne de Omaha, porque quiere que sus hijos vayan a la universidad. Cuando se muera, María quiere que echen sus cenizas en la línea entre México y Estados Unidos. Ha vivido en Chicago desde hace más de 30 años y cree, mitad en broma y mitad en serio, que sus nietos no irían a visitar su tumba si la enterraran en México. Gaby y Marcela sacaron un doctorado en ciencias y después de mucho pensarlo decidieron quedarse porque saben que en México no tendrían presupuesto para hacer el tipo de investigación que hacen. Lala está convencida de que sus hijos deben ser americanos a toda costa, y entiende por ser americano hablar inglés y vivir como la gente de la televisión. He dedicado la mayor parte de mi vida profesional en Estados Unidos a tratar de entender cómo y por qué sobrevive el español de una generación a otra. Estas son las tres constantes que he encontrado en las familias que han logrado transmitirle el español a sus hijos: calidad y cantidad de exposición, oportunidades de uso, y relevancia. Cualquiera que haya pasado por Tucson o por Riverside, por El Paso o por Chicago sabrá que para las familias mexicanas en particular, y para las familias latinas en general, encontrar formas de que sus hijos escuchen el español no es problema. Quien haya atestiguado las complejas operaciones lingüísticas que realizan los niños y los jóvenes que traducen cotidianamente para su familia y su comunidad sabrá también que si se buscan, las oportunidades de hablar español en Estados Unidos se encuentran. El gran, oneroso, avasallante problema es la relevancia. ¿Español para qué, para quién, más allá del ámbito de la familia? ¿Por qué habrían de querer nuestros hijos escribir su historia personal en la lengua de sus padres? Se problematiza así algo que se da por sentado en contextos monolingües: la posibilidad de que padres e hijos compartan el mismo idioma. Cuando la respuesta *para que puedas comunicarte si regresamos a México* se vuelve insuficiente, cada familia se ve obligada a responder con mayor o menor éxito a sus niños y sus adolescentes. Vayan aquí mis razones favoritas: *Porque hay valor y belleza en la diversidad. Porque la unidad se da en el reconocimiento y no en el borrado de nuestras diferencias. Porque la verdadera democracia es polifónica.* ¿Se puede ser mexicano en inglés? ¿Basta saber español para ser mexicano? ¿Se puede querer a dos países al mismo tiempo? Tales son las preguntas que como padres lanzamos al mar de la historia, y que nuestros hijos responderán en el futuro como individuos y como generación.

En muchas familias mexicanas y mexicanoamericanas la responsabilidad de la transmisión lingüística y cultural recae en la mamá. Es parte de lo que Kim Potowski (2008) y Toshie Okita (2002) llaman el *trabajo invisible*. Mucho de lo que nos identifica como mexicanos en Estados Unidos pasa por manos de mujeres. Los vestidos de novia, la partidura y el limón en el pelo, los altares a la Virgen, la carne con chile, el pan dulce, los recuerditos de las quinceañeras, los ungüentos y los remedios, la cena de Noche Buena, la cura para el empacho, el esqueje de geranio, las canciones de Cri-Cri, el *sana sana colita de rana...* Por manos y boca de mujeres, a través de redes sociales informales en las que las recién llegadas aprenden de las que han vivido más tiempo en Estados Unidos cómo navegar sus nuevas comunidades, y las que nacieron o han vivido más tiempo en Estados Unidos entran en

contacto con prácticas y saberes que habían perdido o que no tenían. Con educación universitaria las menos, con la primaria o la secundaria sin terminar las más, las mamás mexicanas en Estados Unidos son la pieza clave, el centro y el agente expreso o encubierto de la política lingüística familiar que permitirá que sus hijos mantengan o pierdan el español. Se da así la paradoja de dos naciones que esperan implícitamente lo que no se le exige a Elba Esther Gordillo: La alfabetización de miles de niños por un ejército de maestras altamente motivadas para ayudar a que sus pupilos alcancen el éxito académico, pero sin preparación, sin recursos y sin apoyo para lograrlo. Lo más increíble de todo es que a veces lo logran. Si la escuela ayuda. Si la escuela no estorba. Si la xenofobia y la necesidad económica no los avasallan. A veces lo logran.

IV.

Un día te despiertas y te das cuenta: Tus nietos no serán mexicanos. Entiendes por primera vez las dimensiones del trato faustiano que firmaste. Les diste alas y les dejaste las raíces al viento. Los sacaste adelante y no incluiste una dosis de pasado para el viaje. Si tienes mucha, mucha suerte y sus papás te dejan, tus nietos hablarán español y sabrán de Moctezuma y de Emiliano Zapata. Conocerán algo de la historia de sus bisabuelos. Pero les será ajeno todo eso; un poco extraño, un poco anacrónico. Como las piezas de un museo que se visita, pero donde no se vive. Ahora entiendes algo que Ricardo Aguilar te dijo hace muchos años y que confundiste entonces con la literatura: el viaje no se hace en el espacio, sino en el tiempo. De tal forma que si tus nietos hipotéticos se mudaran a México en este momento encontrarían un país distinto al tuyo, con neurosis y afectos y pasiones diferentes. Lo que es otra forma de decir que no crecerán insertos en el diálogo que discurre desde hace años en tu cabeza, y que cuando sean adultos y den un manotazo sobre la mesa, o le griten a la televisión cosas como: “¡algo tiene que cambiar en este país!”, o tal vez: “¡este país me está volviendo loco!”, no estarán hablando del mismo espacio emotivo en donde pasas tus días.

No sabrán —no tendrán cómo saberlo, a qué sabe la tortilla que le robas del kilo que te mandaron a comprar, ni lo que es ofrecer flores a la Virgen en el mes de mayo, ni lo que es jugar al fucho en uniforme de poliéster, ni el tener que hacer una maqueta de Bomberito Juárez —ni entenderán por qué es terrible e inevitable este mal chiste, ni sentirán palpitar el corazón porque la selección ya merito llega a cuartos de final, ni sabrán a qué huele el tezontle mojado por la lluvia, ni cuál es el color del Océano Pacífico cuando cae la tarde sobre la costa de Baja California. ¿Qué compraste? Un pase sin ver, avance hasta GO sin pagar multa, sin vivir con la impunidad, con los narcocorridos, la prepotencia, los líderes charros, los priístas y panistas de toda ralea, el racismo, el clasismo, los niños que limpian las ventanas de un carro que se compró con el dinero del erario que habría servido para darles escuela; sin el compadrazgo, el nepotismo, el acaparamiento, y un sistema de castas que levanta su apestosa cabeza en los lugares menos esperados. No poca cosa. Pagaste con el pasado y como no te alcanzó, pagaste también con una parte del futuro que no sabías que tenías.

V.

Todo, todo, todo es absolutamente personal. En el bicentenario de la independencia de México debo y agradezco mi independencia –y mi dependencia también, a dos tierras distintas: Ésta que me da de comer y aquella, que me alimenta. Ésta en donde vivo, y aquella que es mi morada. Ésta en donde descansan mis huesos al final del día, y aquella en donde espero descansar al final de mis días. Esto quiero decir, y lo digo: Sobre esta tierra vivimos y permanecemos. *No para siempre en la tierra: Sólo un poco aquí.*

Obras Citadas

- Fishman, Joshua A. (1991). *Reversing language shift. Theoretical and empirical foundations of assistance to threatened languages*. Filadelfia: Clevedon, Multilingual Matters.
- Hall, Stuart (1996). "The question of cultural identity". En: *Modernity. An Introduction to Modern Societies*. Stuart Hall et al., Eds. Oxford and Cambridge: Blackwell.
- Isaacson, Carl (2004). "They did not forget their Swedish: Class markers in the Swedish American community". En: *Ethnolinguistic Chicago. Language and Literacy in the City's Neighborhoods*. Marcia Farr, Ed. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum. 223-250.
- Lefebvre, Henri (1991). *The Production of Space*. Trad. Donald Nicholson-Smith. Oxford y Cambridge: Blackwell.
- Pew Hispanic Center (2009a). *Mexican Immigrants in the United States, 2008*. Washington, D.C.: 15 de abril de 2009.
- Pew Hispanic Center (2009b). *Hispanics of Mexican Origin in the United States, 2007*. Washington, D.C.: 16 de septiembre de 2009.
- Reynolds, Rachel (2004). "'Bless this little time we stayed here': Prayers of invocation as mediation of immigrant experience among Nigerians in Chicago". En: *Ethnolinguistic Chicago. Language and Literacy in the City's Neighborhoods*. Marcia Farr, Ed. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum. 181.
- Okita, Toshie. (2002). *Invisible work: Bilingualism, language choice and childrearing in intermarried families*. Amsterdam: John Benjamins.
- Potowski, Kim (2008). 'I was raised talking like my mom': The influence of mothers in the development of MexiRicans' phonological and lexical features. En: Jason Rothman y Mercedes Niño-Murcia (Eds.) *Linguistic Identity and Bilingualism in Different Hispanic Contexts*. Nueva York: John Benjamins. 201-220.
- Wallace, Steven P. y Xóchitl Castañeda (2008). *Perfil socio-demográfico de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos*. Iniciativa de Salud de las Américas. Escuela de Salud Pública. Berkeley: Universidad de California. Disponible en: <http://hia.berkeley.edu>.